

Miguel Ángel Vega, Ed.

*Textos clásicos de teoría
de la traducción*

CÁTEDRA
LINGÜÍSTICA

Melina Regza Cinti

CICERÓN

El orador perfecto
(46 a.C.)

V. Pero como se comete un gran error al definir esta especie de estilo (ático), he creído que tenía que emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque a mí mismo no me fuera en absoluto necesario. Y por eso traduje los dos discursos más célebres de los dos oradores áticos más elocuentes, dos discursos que se oponían entre sí: uno de Esquines y otro de Demóstenes. Y no lo traduje como intérprete, sino como orador, con la misma presentación de las ideas y de las figuras, si bien adaptando las palabras a nuestras costumbres. En los cuales no me fue preciso traducir palabra por palabra, sino que conservé el género entero de las palabras y la fuerza de las mismas. No consideré oportuno el dárselas al lector en su número, sino en su peso. Este trabajo tiene por objeto que nuestras gentes comprendan aquello que tienen derecho a exigir de aquellos que se pretenden áticos y a qué tipo de estilo deben ellos referirse.

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

SAN JERÓNIMO

Carta a Panmaquio (405)

1. El apóstol Pablo, en ocasión que hubo de responder en presencia del rey Agripa de delito que podía entender el que tenía que oírle, seguro de la victoria de su causa, se congratula al comienzo mismo de su oración, diciendo: *De todo lo que me acusan los judíos, ¡oh rey Agripa! téngome por afortunado de que haya de defenderme en tu presencia, sobre todo porque tú conoces todas las costumbres de los judíos y las cuestiones que entre ellos se ventilan* (Act 26, 2-3). Y es que había leído aquello de Isaías: *Afortunado el que habla a las orejas del que oye*, y sabía que tanto aprovechan las palabras del orador cuanto alcanza la inteligencia del juez. Así también yo me tengo por afortunado en este asunto, siquiera porque voy a responder ante doctos oídos a una lengua estúpida, que me arguye o de ignorancia o de mentira, según que no haya sabido o no haya querido traducir exactamente una carta ajena. Lo uno sería yerro, lo otro delito. Acaso mi acusador, con la facilidad con que habla de todo y la impunidad con que se imagina que todo le está permitido, intente también acusarme ante vosotros, como acusó al Papa Epifanio; de ahí mandarte esta carta que te informe a ti y, por ti, a los que tienen a bien amarme, de cómo ha pasado el negocio.

2. Habrá poco más de dos años, el Papa Epifanio, de suso mentado, escribió al obispo una carta en que lo reprendía por ciertas doctrinas y lo invitaba luego con blandura a penitencia. Los traslados de ella se los arrebatan a podía de las manos las gentes de Palestina, ora por el prestigio personal del autor, ora por la elegancia del escrito. Estaba por entonces en nuestro pobre monasterio Eusebio de Cremona, varón no oscuro entre los suyos, y como la carta volaba en boca de todo el mundo y doctos e indoctos la admiraban por su doctrina y pu-

reza de lengua, el tal Eusebio me empezó a pedir con mucha instancia que se la tradujera al latín y, para facilitar su inteligencia, se la explicara más claramente, pues él no sabía palabra de lengua griega. Accedí a lo que quería. Llamamos a un notario o estenógrafo y dicté aprisa y corriendo la versión, anotando brevemente al margen de la página el sentido de lo que contenía cada capítulo, que ocupaba el centro —fue también esto punto que me rogó encarecidamente hiciera para mí solo. Pero, a mi vez, le pedí que se guardara en casa el ejemplar y no fuera fácil en divulgarlo. Así estuvo la cosa por espacio de año y medio, hasta que, por nuevo embeleco, la traslación susodicha, de los armarios de Eusebio, emprendió el camino de Jerusalén. Pues fue así que cierto pseudomónaco, sobornado por dinero, como patentemente se deja entender, o por gratuita malicia, como en balde se esfuerza en persuadirnos su corruptor, le birló papeles y dineros, se hizo Judas traidor y ha dado a mis contrarios ocasión de que ladren contra mí. Por ahí van pregonando entre tontainas que soy un falsario, que no expresé palabra por palabra, por «honorable» puse «carísimo» y, con malignidad de intérprete —cosa que no es lícito decir—, no quise trasladar el superlativo *aidesimótaton* (= reverendísimo). Estas niñerías y otras por el estilo son mis delitos.

3. Y, ante todo, antes de venir a lo de la traslación, quiero preguntar a los que llaman inteligencia a la maldad: ¿De dónde hubisteis el traslado de la carta? ¿Con qué cara osáis presentar lo que comprasteis a precio de un crimen? ¿Qué habrá ya seguro entre los hombres, si ni paredes ni cofres son bastantes para que podamos ocultar nuestros secretos? Si ante los tribunales de los gobernadores os echara en cara ese delito, os haría caer bajo el peso de las leyes, que establecen castigos aun para los delatores en favor del fisco. Les aplace la traición, pero condenan al traidor. Es decir, aplace la ganancia, pero desplace la intención. Poco ha que el emperador Teodosio condenó a muerte a Hesequio, varón consular, con quien tuvo gravísimas enemistades el patriarca Gamamiel, porque, sobornado un notario, violó los papeles del judío. Y en las historias antiguas leemos (Tito Livio, V 22, 1-9) que un maestrescuela que había traicionado a los hijos de los faliscos fue, a su vez, entregado atado a los propios niños y remitido a los que traicionaba. El pueblo romano no aceptaba una victoria criminal. Fabricio tuvo por un crimen que, por traición del médico que le curaba una herida en el campamento, fuera muerto Pirro, rey de los epirotas; antes bien lo remitió, atado, a su señor, a fin de no aprobar un crimen ni en el enemigo. Lo que las públicas leyes y los enemigos mismos respetaron, lo que se tiene por sagrado aun entre las batallas y las espadas, no lo hemos tenido nosotros seguro entre los monjes y sacerdotes de Cristo. Y todavía hay alguno entre ellos que, fruncido el sobrecejo y dando palmadas, se atreve a regoldar palabras

como éstas: «¿Y tendrá que ver que comprara y sobornara? Hizo lo que redundaba en pro suyo.» ¡Magnífica defensa del crimen! ¡Como si lo que hacen bandidos, ladrones y piratas no lo hicieran en pro suyo! Por cierto que Anás y Caifás, al seducir al infortunado Judas, hicieron lo que creían les convenía.

4. A mí me da la gana de poner por escrito en mis papelejos cualesquiera niñerías, comentar las Escrituras, devolver mordisco por mordisco a los que me ofenden, desenconar mi pecho, ejercitarme en lugares comunes y tener respuestas afiladas, como si dijéramos, las saetas para el momento de la lucha. Mientras no saco a pública luz mis pensamientos, ni aun las maldiciones son delito, o, por mejor decir, no son ni maldiciones, mientras no las oyen orejas de nadie. Tú cohecha a los esclavillos, solicita a tus paniaguados y, como leemos en las fábulas, penetra, bajo lluvia de oro, hasta el aposento de Dánae y, disimulando tu fechoría, llámame a mí boca llena falsario: más feo crimen confiesas contra ti mismo al acusarme que el que a mí me achacas. Otro te tacha a ti de hereje, te achaca doctrinas perversas, y tú, punto en boca; no te atreves a responderle a él y le clavas las uñas al intérprete, levantas caramillos en el aire sobre sílaba más o menos y te imaginas que toda tu defensa estriba en denigrar al que calla. Pongamos por caso que, en la traslación, erré yo en algo y omití algo: sobre esto gira todo el quicio de tu negocio, aquí está toda tu defensa. Pero ¿es que tú vas a dejar de ser hereje porque sea yo mal traductor? No digo con esto que sepa que eres hereje. Allá se las haya el que te acusó, allá lo sepa el que lo ha escrito.

Lo que sí digo es ser tontísimo acusar a otro cuando uno es acusado y, hecho una criba de lanzadas, buscar consuelo en la herida del que duerme.

5. Hasta aquí he hablado como si hubiera yo mudado algo en la carta de marras y la sencilla traslación pudiera tener error, que sería, en todo caso, error y no delito. Pero la verdad es que la misma carta demuestra que nada se ha cambiado del sentido, no se ha añadido cosa alguna ni se ha inventado doctrina de ningún género; con lo que se ve que esos señores, «a fuerza de entender, no entienden jota» (Terent., Andr. prol. 17), y al querer argüir la ajena ignorancia delatan la propia. Porque yo no solamente confieso, sino que proclamo en alta voz que, aparte las sagradas Escrituras, en que aun el orden de las palabras encierra misterio, en la traducción de los griegos no expreso palabra de palabra, sino sentido de sentido. Y tengo en esta parte por maestro a Tulio, que trasladó el *Protágoras* de Platón y el *Económico* de Jenofonte y las oraciones, bellísimas, de Esquines y Demóstenes, que dijeron uno contra otro. No es de este momento decir por menudo cuántas cosas pasara por alto, cuántas cambiara, a fin de explicar las propiedades de una lengua por las propiedades de la otra. Bástame la

autoridad misma del traductor, que en el prólogo de las mismas oraciones dijo así: «Pensé haber emprendido un trabajo útil para los estudiosos, aunque a la verdad no necesario para mí mismo, como fue verter dos notabilísimas oraciones de los dos más elocuentes oradores entre los atenienses, Esquines y Demóstenes, que contendieron entre sí. Pero no las vertí como intérprete, sino como orador, con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. No me pareció menester trasladar palabra por palabra, sino conservar la propiedad y fuerza de todas las palabras. Y es así que no consideré deber mío tenérselas que contar una a una al lector, sino, como si dijéramos, pesárselas» (Cic., *De optimo gen. orat.*, 13-14).

Y nuevamente, hacia el fin de su plática: «Si, como espero, he traducido las oraciones de ellos manteniendo todas sus altas cualidades, es decir, con sus ideas y figuras y encadenamiento de la materia, ciñéndome a las palabras en la medida en que no repugnan al uso de nuestra lengua —no todas caso estén ver todas del griego; sin embargo, nos hemos esforzado en que fueran del mismo genio...» (Cic., *ibid.* 23).

El mismo Horacio, varón ingenioso y docto, da en su *Arte poética* ese mismo precepto al intérprete inteligente:

No trates de verter, escrupuloso
intérprete, palabra por palabra.

(Ars poet. 133s.)

Terencio tradujo a Menandro, Plauto y Cecilio a los cómicos anti-guos. ¿Acaso andan asidos a las plabras y no tratan más bien de mantener la gracia y elegancia en la traslación? Lo que vosotros llamáis fidelidad de la traducción, la llaman los doctos *kakozelia* o mal gusto.

Así se explica que también yo, como enseñado de tales maestros, habrá alrededor de los veinte años, y engañado entonces como ahora por parejo error, y a la verdad no sospechando me lo habíais de echar vosotros en cara, al traducir al latín la Crónica de Eusebio, dije, entre otras cosas, en la prefación: «Difícil cosa es que quien va siguiendo las rayas ajenas no se salga en algún punto de ellas, y dura tarea que lo bien dicho en una lengua conserve la misma donosura en la traslación. Ahí tenemos algo que está expresado por la propiedad de una sola palabra. No tengo a mano otra mía para significar lo mismo, y al buscar rellenar el sentido, con un largo rodeo, apenas si ando unos pasos de camino. Añádense las tortuosidades del hipérbaton, las diferencias de los casos, las variedades de las figuras, y, por último, aquel genio propio y, como si dijéramos, casero de cada lengua. Si traduzco a la letra, suena mal; si, por necesidad, cambio algo en el orden del discurso, parecerá que me salgo de mi oficio de intérprete.» Y después

de otras muchas cosas que fuera ocioso aducir aquí, añadí también esto: «Si alguien cree que con la traslación no sufre la gracia y donaire de la lengua, traduzca a Homero palabra por palabra al latín; y aún diré más: intérpretele en su misma lengua en prosa, y verá el ridículo estilo que resulta: el más elocuente de los poetas apenas si acertará a hablar.»

6. Mas por que no parezca escasa la autoridad de mis propias palabras —si bien lo único que he pretendido probar es que, desde mi mocedad, jamás tendí a trasladar las palabras, sino las sentencias—, lee sobre este punto la prefacioncilla antepuesta al libro en que se describe la vida del bienaventurado Antonio: «Una traslación literal de una lengua a otra encubre el sentido, a la manera que una grama abundante ahoga lo sembrado. Y es así que un estilo que se ciñe servilmente a los casos y figuras, apenas logra explicar con largo rodeo lo que pudiera haberse dicho con breves palabras. Este escollo he tratado ya de sortear y he vertido, a petición tuya, la vida del bienaventurado Antonio de forma que, si algo falta en palabras, nada se eche de menos en el sentido. Vayan otros a caza de sílabas; tú busca las sentencias» (*prol. Euaerii invitam s. ant.*: PG 26, 834). Se me acabaría el día si quisiera alegar los testimonios de todos los que han traducido según el sentido. Baste por ahora citar al confesor Hilario, que tradujo del griego al latín las homilías sobre Job y muchísimos tratados sobre los salmos. Hilario no se ciñó a la letra somnolienta ni se retorció con la maloliente interpretación de los rústicos, sino que, a ley de vencedor, traspuso, por decirlo así, cautivo el sentido a su propia lengua.

7. Ni es ello de maravillar en los otros, quiero decir, en los hombres del siglo y aun de la iglesia, cuando los setenta intérpretes y los mismos evangelistas y apóstoles hicieron lo mismo en los libros sagrados. Leemos en marcos (5, 41) que dice el Señor: *talitha cumi*, y a renglón seguido se añade: *Lo que se traduce: «Niña, a ti te lo digo: Levántate.»* Tachen al evangelista de mentira por haber añadido: «A ti te lo digo», cuando en el hebreo sólo hay: «Niña, levántate.» Pero no, el evangelista añadió: «A ti te lo digo», para dar más énfasis a la frase y expresar la llamada e imperio del Señor.

Otro ejemplo en Mateo. Cuando el traidor Judas devuelve las treinta monedas de plata y con ellas se compra el campo del alfabeto, se escribe: *Entonces se cumplió lo que está escrito en el profeta Jeremías, que dice: Y tomaron treinta piezas de plata, precio en que fue tasado aquel a quien pusieron precio los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, como me lo había ordenado el Señor* (Mt. 27, 9-10); cfr. Jer. 32, 6ss; Zach 11, 12s). Este texto no se halla absolutamente en Jeremías; sí en Zacarías, pero con palabras muy diferentes y en orden totalmente distinto.

(Trad. Daniel Ruiz Bueno.)

MAIMÓNIDES

Carta a Ben Tibbon (1199)

(...) Y siempre que traduzcas de una lengua a otra, hazlo conforme a la inteligencia que Dios, alabado sea, te ha dado para que comprendas las metáforas, las alegorías y las palabras de los sabios y sus enigmas... Aquel que pretenda traducir de una lengua a otra y se proponga traducir siempre una palabra dada únicamente por otra que le corresponda, guardando el orden de los textos y el de los términos, tendrá que esforzarse mucho para finalmente conseguir una traducción incierta y confusa. Este método no es correcto. El traductor debe, sobre todo, aclarar el desarrollo del pensamiento, después escribirlo, comentarlo y explicarlo de modo que el mismo pensamiento sea claro y comprensible en la otra lengua. Y esto sólo se puede conseguir cambiando a veces todo lo que le precede y le sigue, traduciendo un solo término por más palabras y varias palabras por una sola, dejando aparte algunas expresiones y juntando otras, hasta que el desarrollo del pensamiento esté perfectamente claro y ordenado y la misma expresión se haga comprensible, como si fuera típica de la lengua a la que se traduce. Así lo hizo Hunain ben Ishaq con el libro de Galeno y su hijo Ishaq con el de Aristóteles (...)

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

risconsultos? Esto no es traducir sino confundir, no es aplicar luz a las cosas, sino tinieblas.

¿Y qué decir de la tersura y pulimiento de las frases, en las que Aristóteles parece haberse afanado extraordinariamente en griego? En cambio, este traductor nuestro es tan disperso y flojo que da pena que haya podido concebir tan gran confusión. Me aburre continuar con esto. Pues su traducción está plagada de semejantes y aun mayores absurdos y extravagancias, con las que ha deformado lamentablemente toda la comprensión y claridad de aquellos libros, que se han transformado de tersos que eran en ásperos, de hermosos en deformes, de elegantes en embrollados, de sonoros en disonantes, y en vez de servir para los ejercicios escolares han adquirido una rusticidad digna de lágrimas: y si en el más allá hay alguna sensibilidad hacia nuestros estudios, que Aristóteles se indigne y que muestre su dolor de que unos libros suyos hayan sido maltratados por gente incapaz; que niegue su autoría a los que circulan traducidos por esos tales y no permita que aparezcan bajo su nombre. Éstos, pues, son los reproches que entonces le hice y que ahora vuelvo a reprocharle.

(III)

Y que estos reproches míos son distintos de los modales de las personas más educadas lo testimonian tanto Jerónimo como M. Cicerón. Pues si se leen los reproches que éstos hicieron en casos semejantes, se verá que los míos son tanto más indulgentes cuanto que nuestros oídos, por la ignorancia de nuestra época, se han encallecido ante este tipo de deformaciones. Pero sin duda que a aquéllos les parecerían criaturas monstruosas e inauditas.

(Trad. Antonio Guzmán.)

M. LUTERO

1. Circular sobre la traducción (1530)

La gracia y la paz de Cristo. Respetable, conspicuo y estimado señor y amigo. He recibido vuestro escrito en el que me pide que informe acerca de dos cuestiones: en primer lugar, ¿por qué en Romanos, 3 he traducido las palabras de San Pablo *Arbitramur hominem justificari ex fide absque operibus* por *consideramos que el hombre se salva sin las obras de la ley, sólo a través de la fe*. Y además me indica cómo los papistas se sublevan sobremanera, porque en el texto de San Pablo no está la palabra *sola*, y consiguientemente no se me debe tolerar semejante añadido en la palabra de Dios. En segundo lugar, si los santos difuntos rezan por nosotros, pues en la Escritura se lee que los ángeles rezan por nosotros.

A la primera cuestión, si os parece, quisierais responder a vuestros papistas lo que sigue: en primer lugar que si yo, Dr. Lutero, hubiera podido prever que todos los papistas en masa fueran tan hábiles como para que pudieran traducir al alemán un capítulo de la Escritura, me habría humillado y les habría pedido apoyo y ayuda para traducir el Nuevo Testamento. Pero como he sabido y todavía veo que ninguno de ellos sabe cómo se debe traducir o hablar en alemán, les he ahorrado a ellos y a mí también semejante esfuerzo. Pero se advierte que de mi traducir y de mi alemán ellos aprenden a escribir y hablar alemán y me roban consiguientemente mi lengua, de la que ellos anteriormente poco sabían. Pero no por ello están agradecidos, más bien utilizan esto contra mí. Pero les concedo que lo hagan, pues me alivia pensar que he enseñado a hablar a mis desagradecidos discípulos e, incluso, a mis enemigos.

Por otra parte, podéis decir que he traducido el Nuevo Testamento lo mejor que he podido y en conciencia; a nadie he obligado a leerlo, sino que les he dejado en libertad y sólo he hecho un servicio a aquellos que no saben hacerlo mejor. No he prohibido a nadie el hacerlo mejor. Quien no lo quiera leer, que lo deje. No se lo pido a nadie. Es mi Testamento y mi traducción y quiero que lo siga siendo. Si he cometido algún error al hacerlo (de lo que no soy consciente y por supuesto no quisiera haber traducido ni una letra arbitrariamente), no quiero que sobre ello decidan los papistas. Pues todavía tienen las orejas demasiado largas y su rebuzno es demasiado débil para juzgar mi traducción. Bien sé cuánto arte, esfuerzo, razón, entendimiento exige una buena traducción; y ellos lo saben menos que el animal del molinero, pues ellos no lo han intentado. Hay un dicho: a quien trabaja en el camino le salen muchos maestros. Y eso me pasa a mí. Ellos, que nunca han sabido hablar bien, no digamos traducir, se constituyen en maestros míos y yo debo ser discípulo de todos ellos. Y si les hubiera preguntado cómo habrían traducido ellos las dos primeras palabras de Mateo, 1, *Liber generationis*, nadie habría sabido decir ni muh y ahora son ellos los que pretenden juzgar toda mi obra. Esto mismo le pasó a San Jerónimo cuando traducía la Biblia: todos pretendían enseñarle, él era el único que no sabía y aquellos que no habrían sido dignos de descalzarle pretendían juzgar la obra de este santo varón. Por eso hay que tener una gran paciencia cuando alguien quiere hacer públicamente algo bueno. Pues el mundo quiere seguir siendo un sabelotodo y siempre tiene que atar al pollino por el rabo, dominar todo y no saber nada. Tal es su manera y de ella no hay quien le apee. Quisiera también ver al papista que se atreviera a ello y, por ejemplo, tradujera una epístola de San Pablo o a un profeta y no utilizara para ello el alemán y la traducción de Lutero. Entonces podríamos ver a qué fino, bello y loable alemán traducía. Pues hemos visto al sudita de Dresde, que se ha apoderado de mi Nuevo Testamento (no quiero mencionar su nombre en mis libros, pues ya tiene sus jueces y además es ya bien conocido) y reconociendo que mi alemán es dulce y bueno y admitiendo que él no lo podía hacer mejor, sin embargo, pretendió criticarlo, y tomando mi Nuevo Testamento, casi palabra a palabra, tal y como yo lo había hecho, quitó mi prefacio, glosa y nombre de él y escribió el suyo, su prefacio y glosas y así vende mi Nuevo Testamento bajo su nombre. ¡Ay!, queridos hijos, ¿cómo es posible que su soberano condenara y prohibiera en un gris prefacio el Nuevo Testamento de Lutero y ordenara leer el Nuevo Testamento del sudita que era el mismo que Lutero había hecho?

Y que nadie piense que miento, pues puede tomar ambos Testamentos, el de Lutero y el del sudita y compararlos: verá quién ha sido el traductor de ambos. Pues lo que él en pocos pasajes ha remendado y

variado (bien que no me gusta en absoluto) puedo tolerarlo y no me molesta en absoluto por lo que respecta al texto; por ello no he querido escribir nada en contra, y no he podido por menos de sonreír ante el hecho de que juzguen tan vilmente mi Testamento, condenándolo y prohibiéndolo porque ha salido bajo mi nombre, y, sin embargo, se deba leer, porque ha salido bajo el nombre de otro. Pues bien, que un juez decida qué virtud es ésta la de condenar y vilipendiar el libro de otro, después robárselo y permitir que aparezca bajo nombre propio y, de esta manera, buscar, a través del trabajo condenado de otro, alabanza y nombre. Yo ya estoy harto y me alegro de que (como dice también San Pablo) mi trabajo se vea promocionado por mis enemigos y que el libro de Lutero, sin el nombre de Lutero, se lea incluso entre sus enemigos. ¿Cómo me podía fastidiar esto?

Pero vayamos al asunto: si vuestro papista se quiere irritar mucho por la palabra *sola*, yo le contesto que el Doctor Lutero así lo quiere; y añade: Papistas y asnos son una misma cosa: *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*. Pues no queremos ser alumnos y discípulos de los papistas, sino sus maestros y jueces. Por una vez vamos a pavonearnos y hacer alardes ante esas cabezas de burro, y lo mismo que Pablo alardea frente a los estúpidos santones que le tocaron en suerte, quiero yo también alardear frente a estos asnos: ¿Son doctores? Yo, también. ¿Son eruditos? Yo, también. ¿Son disputadores? Yo, también. ¿Son dialécticos? Yo, también. ¿Son leídos? Yo, también. ¿Escriben libros? Yo, también.

Y añado: yo puedo interpretar los Salmos y los Profetas, y ellos no. Yo sé traducir y ellos no. Puedo leer la Sagrada Escritura y ellos no. Yo puedo rezar, ellos no. Y por acabar de una vez, yo conozco su propia dialéctica y filosofía mejor que ellos mismos y sé además que ninguno de ellos entiende a su Aristóteles. Y si hay alguien entre ellos que entienda un *proemium* o un capítulo de Aristóteles, que me cuelguen. Y no estoy hablando sin saber, pues me he educado en sus artes y desde la juventud he comprobado qué profundas y amplias son. Ellos saben que yo lo sé y que puedo lo que ellos pueden; sin embargo, estos sinvergüenzas actúan frente a mí como si fuera un huésped en sus artes que hubiera llegado hoy mismo y que no hubiera visto ni oído lo que ellos enseñan o pueden. Tan señorialmente alardean con su arte y me enseñan lo que durante veinte años me llevo sacudiendo de los zapatos, pero todos sus gimoteos y gritos me traen sin cuidado: durante siete años he sabido que las herraduras son de hierro.

Pues bien, a vuestra primera cuestión he de responder, y, os ruego, tengáis a bien contestar a semejantes asnos con su inútil algarabía acerca de la voz *sola*, lo que sigue: El doctor Martín Lutero quiere que así sea y dice que él es más doctor que todos los doctores del papado (...)

A vos sólo y a los nuestros quiero indicarles por qué he querido usar la palabra *sola*, si bien en Rom. 3 no aparece la palabra *sola* sino *solum* o *tantum*. Bien examinan esos borricos mi texto, pero, efectivamente, en otra parte he utilizado *sola fide* y quiero tener ambas *solum* y *sola*. Me he impuesto en el traducir dar un alemán limpio y puro. Y a menudo nos ha sucedido que hemos estado trabajando tres, cuatro semanas buscando y rebuscando una palabra, y más de una vez no la hemos encontrado. En *Job* por ejemplo, M. Philips, Aurogallus y yo, trabajamos cuatro días de tal manera que sólo produjimos apenas tres líneas. Pero, querido amigo, ahora que está en buen alemán y está listo, cada cual puede leerlo y entenderlo; si alguien hojea por encima tres o cuatro páginas y no choca siquiera, no percibe qué tarugos ha habido allí, dado que ahora pasa como por una tabla pulida, dado que hemos tenido que sudar y angustiarnos para poder quitar todos esos impedimentos del camino para que quedara tan suave. Es fácil arar cuando el campo está ya limpio; pero el limpiar el bosque y arrancar las cepas y acondicionar el campo, eso no lo quiere nadie. La ingratitud es la recompensa del mundo. Por eso, ni Dios mismo consigue gratitud: ni por el sol ni por el cielo y la tierra, ni siquiera por la muerte de su Hijo; sea y siga siendo mundo en nombre del diablo, pues no quiere ser otra cosa.

Bien, pues en Rom. 3 he sabido perfectamente que ni en el texto latino ni en el griego existe la palabra *sola* y esto no me lo tenían que recordar los papistas. Es verdad; estas cuatro letras *sola* no están dentro, letras que estos borricos ven como las vacas una nueva puerta. Pero no se dan cuenta de que el sentido del texto las contiene y que si se quiere traducir al alemán de una manera clara y expresiva, hay que meterlas. Pues no he querido hablar latín o griego, sino alemán, dado que, al traducir, me he propuesto hablar alemán. Y el estilo de nuestra lengua alemana, cuando se habla de dos cosas de la cual una se admite y la otra se niega, necesita la palabra *solum* (*alleim*), junto a la palabra *nicht* o *kein*: «*Der Bauer bringet allein Korn, und kein geld*» (el campesino sólo produce trigo, no dinero). Y de la misma manera: «*Ich habe wahrlich izt nicht geld sondern allein Korn*» (verdaderamente ahora no tengo dinero sino sólo trigo); o «*Ich hab allein gessen und noch nicht getrunken*» (sólo he comido, no bebido); «*hast du allein geschriben und nicht ubertesent?*» (¿sólo has escrito y no leído?) e infinidad de semejantes ejemplos de uso diario.

En todas estas expresiones, aunque no lo haga el latín o el griego, lo hace el alemán y su peculiaridad quiere que se añada la palabra *allein* a la palabra *nicht* o *kein* para que la palabra *nicht* o *kein* sean más completas y claras. Pues si yo digo «*Der Baur bringt korn und kein geld*» (el campesino produce trigo y no dinero), la expresión *kein Geld* no suena tan clara y completa como cuando digo: «*Der Baur bringt allein*

korn und kein Geld» (el campesino sólo da trigo, no dinero); y a este respecto la palabra *allein* refuerza la palabra *kein* de tal manera que es más completa y clara en alemán. Pues no hay que preguntar a las letras del latín cómo se debe hablar en alemán, tal y como hacen los borricos; hay que preguntar a la madre en la casa, a los niños en la calle, al hombre corriente en el mercado y mirarles en la boca cuando hablan y según ello traducir; de esta manera ellos entenderán y se darán cuenta de que se habla alemán con ellos.

Y cuando Cristo dice *ex abundantia cordis os loquitur*, si siguiera a los borricos, me pondría las palabras delante de las narices y traduciría: *Aus dem Überfluss des Herzen redet der Mund* (De la abundancia del corazón habla la lengua). Pues bien, decidme qué alemán entiende esto, qué es eso de la abundancia del corazón. Esto no lo dice ningún alemán a no ser que quiera decir que tiene un corazón tan grande o demasiados corazones. Pero esto no es correcto. Pues abundancia del corazón no es alemán, lo mismo que no es alemán abundancia de la casa, abundancia del horno, abundancia del banco, sino que la madre en la casa y el hombre corriente dicen: de aquello que se tiene el corazón, de eso habla la boca (*Wes das Herz vol ist, des gebet der Mund über*). Y esto es hablar buen alemán, que es lo que me he impuesto y por desgracia no siempre he logrado y acertado. Pues las letras latinas impiden sobremanera hablar buen alemán.

Consiguientemente, cuando el traidor Judas dice en Mateo 26, versículo 8, *Ut quid perditio haec?* y Marcos 14, versículo 4, *Ut quid perditio ista unguenti facta est?*, si sigo a los borricos y literalistas, tengo que traducir: «*Warumb ist dise verlierung der salben gescheben?*» («¿Por qué ha tenido lugar esta pérdida de unguento?») Pero, ¿qué alemán es éste? ¿qué alemán dice tener lugar una pérdida de unguento? Y si alguien lo entiende, pensará que el unguento se ha perdido y que tendrá que buscar otro. Y con todo seguirá sonando oscuro e incierto. Y si esto es buen alemán, ¿por qué no salen ellos a hacernos nuevamente un Testamento en alemán tan bello y pulido y dejan de una vez el Testamento de Lutero? Pienso que deberían sacar a la luz su arte. Pero es que el hombre corriente en alemán para *Ut quid etc.* dice «¿a qué viene este desperdicio?» («*Was sol doch solcher Unrat?*») o «¿a qué viene este dispendio?» («*Was sol doch solcher Schade?*»). No, él dice «¿qué lástima de unguento!» («*Es ist schade um che Salbe?*»). Y esto es un buen alemán y es así como puedo entender que Magdalena ha actuado con el unguento de una manera desconsiderada y ha hecho mal; pues eso era lo que quería decir Judas, pues él pensaba poder emplearlo mejor.

Igualmente cuando el ángel saluda a María y dice *Gegrüset seist du, Maria voll Gnaden, der Herr mit dir* (Dios te salve María, llena de gracia, el Señor está contigo). En efecto, de esta manera se ha traducido hasta ahora al alemán según las letras latinas. Pero decidme si semejante

cosa está dicha en buen alemán. ¿Es que el alemán dice: *du bist voll Gnaden*? (estás llena de gracia); ¿qué alemán entenderá lo que quiere decir llena de gracia? Forzosamente tendrá que pensar en un tonel lleno de cerveza o en una bolsa llena de dinero. Por eso he traducido por *du holdselige* (tú, graciosa) y con ello un alemán puede imaginarse mejor lo que quiere decir con su saludo. Pero aquí los papistas se enfurecen contra mí, arguyendo que he echado a perder el saludo angélico, a pesar de que con ello todavía no he conseguido el mejor alemán. Y si hubiera tenido que decirlo en el mejor alemán, habría traducido de la siguiente manera: *Gott grüsse Dich, du liebe Maria* (Dios te salve, bendita María), pues eso es lo que quiere decir el ángel y así hablaría si hubiera querido saludarla en alemán. Considero que deberían reconocer una mayor devoción a nuestra Señora en el hecho de que así haya estropeado el saludo del ángel.

Pero, ¿qué me importa que se enfurezcan o rabien? No seré yo quien les prohíba el traducir como quieran; pero yo también pretendo traducir no como ellos quieren, sino como yo quiero. El que no quiera que lo deje y cada maestrillo con su librito; pues no quiero ni verles ni oírlos. Ellos no tienen por qué dar respuesta a mi manera de traducir, ni juzgarla. Y tú oyes que digo *Du holdselige Maria, du liebe Maria* (tú, graciosa María, bendita María); y permito que digan *Du voll Gnaden Maria* (llena eres de gracia). Quien sepa alemán sabe perfectamente qué palabra tan noble es ésta *du liebe Maria* (María bendita), que se usa en expresiones como *der liebe Gott* (Dios bendito), *der liebe Kaiser* (nuestro amado emperador), *der lieber Fürst* (nuestro bien amado soberano), *der liebe Mann* (el buen hombre), *das liebe Kind* (hijo del alma). Y no sé si la palabra *liebe* puede expresar tan íntima y suficientemente en latín u otros idiomas lo que dice en nuestro idioma, de tal manera que penetre u resuene en el corazón en todos los sentidos.

Pues considero que S. Lucas, maestro en lengua hebrea y griega, ha querido reproducir exactamente la palabra hebrea tal como la usa el ángel, con el griego *καταρωμένην*; y pienso que el ángel Gabriel habla con María como ha hablado con Daniel, a quien llama *hamudoth* e *Isch hamudoth, vir desideriorum*, es decir, *lieber Daniel* (querido Daniel). Pues esta es la manera de hablar de Gabriel, como comprobamos en Daniel. Y si yo ahora quisiera traducir el saludo angélico conforme a la letra y según el arte de los borricos, debería decir de la siguiente manera: *Daniel, du Mann der Begierungen* o *Daniel Mann der Lüste* (varón de deseos). ¡Sí que sería un buen alemán! Un alemán que oiga esas palabras *Lüste und Begierungen* sabe que son palabras alemanas, si bien no son expresión muy correcta alemana, ya que *Lust* y *Begier* (placer y deseo), en singular, sería mejor. Pero si se unen en *Du Mann der Begierungen*, ningún alemán sabrá lo que quieren decir y pensará más bien que Daniel está lleno de malos deseos. ¡Y ésta sí que sería buena traduc-

ción! Por eso debo pasar de la letra e investigar cómo diría el alemán lo que el hebreo varón *Isch Hamudoth* quiere decir, y creo que en semejante caso el hombre alemán diría *Du lieber Daniel* (querido Daniel), *du liebe Maria* (querida María) o *du holdselige Magd* (graciosa muchacha), *niedliche Jungfrau* (bella doncella), *du zartes Weib* (tierna mujer) y semejante, pues quien quiere traducir debe tener una gran despensa de palabras, de tal manera que tenga dónde escoger cuando una no suena en un pasaje concreto.

Y ¿por qué tengo que decir tantas cosas de la traducción? Si tuviera que mostrar todas mis razones y pensamientos, tendría que escribir un año sobre ello. Yo ya sé qué difícil y trabajoso es la traducción, por eso no quiero tener que soportar como juez y crítico a ningún asno o mulo papista que no tenga experiencia. Quien no quiera mi traducción, que la deje en paz, que el diablo se lo agradezca a quien la tenga a mal y se las dé de maestro a mi costa. Si hay que enseñar, quiero hacerlo yo mismo. Y si no lo hago, déjese en paz con mi traducción y que cada uno haga lo que quiera y se vaya con Dios.

Y puedo asegurar con buena conciencia que he mostrado la mayor fidelidad y laboriosidad y que nunca he tenido falsos pensamientos, pues no he tomado ni un penique por ello, ni buscado, ni pretendido honores con ello, bien lo sabe Dios, sino que lo he hecho por amor a los cristianos y en honor de Aquel que se sienta en lo alto y que cada hora me beneficia tanto que, aunque hubiera traducido miles de horas, con todo no habría merecido vivir una hora o tener un ojo sano. A su misericordia y benevolencia debo todo lo que soy y lo que tengo, y es por su preciada sangre y su ácido sudor por lo que quiero honrarle con alegría y de corazón. Y si el sudita y los asnos papistas me difaman, sea, que los piadosos cristianos me alaban y a su señor Jesucristo. Y estoy cumplidamente pagado con que un solo cristiano me reconozca como fiel trabajador. Yo no lo pido de los asnos papistas, que no son dignos de reconocer mi trabajo; y me fastidiaría que me alabaran. Sus calumnias son mi mayor gloria. Quiero ser doctor, un doctor experto y no serán ellos quienes me quiten el nombre ni en el juicio final, de eso estoy más que seguro.

Y con todo no me he apartado arbitrariamente de la letra, sino que con gran esmero yo y mis ayudantes hemos examinado dónde en un pasaje dependía de la letra, ateniéndonos a la palabra y no saliéndonos libremente de ella, como, por ejemplo, cuando en Juan, 6, habla Cristo: *«Disen hat Got der vatter versiegelt»* («Esto lo ha dispuesto Dios Padre») estaría mejor traducido: *«Disen hat Gott der vater gezeichnet»* o *«disen meinet Gott der vater»*. Pero he preferido quebrar la lengua alemana, antes que apartarme de la palabra. ¡Ayl!, no es el traducir un arte para cualquiera, como pretenden esos estúpidos santos. Para ello se necesita un corazón recto, piadoso, fiel, laborioso, temeroso, cris-

tiano, experimentado y ejercitado. Por eso considero que ningún mal cristiano o espíritu sectario puede traducir fielmente, tal como parece en los Profetas traducidos en Worms, que se ha llevado a cabo con gran diligencia y donde se ha seguido casi mi alemán. Pero ha habido judíos allí que no han mostrado a Cristo gran respeto, aunque por lo demás hay suficiente arte y trabajo en ella.

Baste esto del arte del traducir y de los estilos de las lenguas (...)

2. Sumarios sobre los salmos y motivos de la traducción (1533)

(...) Pero porque quizás habrá algunos en nuestro tiempo y mucho más en los venideros que, de buen corazón y conocedores del idioma pero no ejercitados en el arte de traducir, pudieran escandalizarse porque nosotros hayamos procedido en muchos pasajes apartándonos de la letra y a veces entendiendo un sentido distinto del que captan los rabinos y gramáticos judíos, queremos aquí mostrar los motivos y explicar con algunos ejemplos en los que vean cómo nosotros no hemos procedido así por falta de entendimiento de la lengua ni por ignorancia de las glosas de los rabinos, sino que nos hemos propuesto semejante traducción a ciencia y conciencia (...)

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

P. BEMBO

De Cartas de Juventud (ca. 1530)

Intenté poner en toscano vuestro *Crió el cielo y el mundo Dios*, pero no encuentro forma de decir esta composición poética en tal lengua con plena satisfacción y máxime en forma de copla y con palabras semejantes.

(Carta 82)

Llegan (mis dos sonetos) ... y traen consigo una cancioncilla compuesta también hoy para competir con vuestro *Yo pienso si me muriese*, y sin embargo aquélla se humilla ante ésta y bien sabe que las amables dulzuras de los recursos de lengua toscana no se hallan en la grave pureza de la lengua española y si allí se trasladan, no parecen auténticas y autóctonas, sino fingidas y extranjeras.

(Carta 280)

(Trad. Dianella Gambini.)

N. P. ABLANCOURT
Prólogo a su traducción de Luciano
(1709)

...Consiguientemente no me atengo a las palabras del autor, ni siquiera a sus pensamientos. Yo guardo el efecto que él intentó producir en la mente, y dispongo el material según la manera de nuestra época. Tiempos diferentes no requieren palabras diferentes, pero sí diferentes pensamientos y los embajadores se suelen vestir con la moda de los países a los que han sido enviados, por temor a aparecer ridículos a los ojos de los países a los que ellos tratan de agradar.

Lo que yo he conseguido no es ciertamente una traducción, en sentido estricto. Es algo mejor que una traducción y los escritores de la Antigüedad clásica no tradujeron de manera distinta. Terencio trató las comedias que tomó de Menandro de la misma manera, a pesar de que Aulio Gelio insista en llamar al producto final una traducción. Pero ¿qué importa cómo llamemos la cosa, mientras exista? Cicerón siguió el mismo procedimiento en sus *Oficios*, que es más bien una versión de Paneto, e igualmente en la versión que él hizo de la oratoria de Esquines y Demóstenes. Cicerón afirma que no procede como intérprete, sino como orador, y lo mismo puedo decir yo de mi traducción de los diálogos de Luciano, si bien no me he permitido la misma libertad en todos los casos. De hecho hay muchos pasajes en los que he traducido palabra por palabra, por lo menos en la medida en la que lo toleraba una versión elegante. Hay también otros pasajes en los cuales yo he considerado, más que lo que el autor realmente dijo, lo que debería decirse o lo que yo podría decir. Y en esto he seguido el ejemplo sentado por Virgilio en sus préstamos de Homero y Teócrito (...) Estoy seguro que no todos estarán satisfechos con mi manera de

proceder y que aquellos que se postran ante cada una de las palabras y cada uno de los pensamientos producidos por los escritores de la Antigüedad se verán contrariados, tal y como siempre sucede con la gente que piensan que una obra literaria no puede ser buena mientras su autor siga vivo.

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

F. SCHLEIERMACHER

Sobre los diferentes métodos de traducir (1813)

[1] Que el discurso es trasladado de una lengua a otra se nos muestra por doquiera en las formas más variadas. Si, por una parte, pueden entrar así en contacto hombres que, en lo geográfico, están quizá diametralmente alejados entre sí, o pueden ser trasvasados a una lengua los productos de otra hace ya muchos siglos extinguida, por otra parte, ni siquiera necesitamos salir del dominio de una sola lengua para presenciar el mismo fenómeno. Pues no sólo los dialectos de diversas ramas de un mismo pueblo y los diversos grados de evolución de la misma lengua o del mismo dialecto en distintos siglos son ya en sentido estricto lenguas diferentes, que no pocas veces necesitan total interpretación mutua, sino que incluso contemporáneos no separados por el dialecto, pero de diferentes clases sociales y que, poco unidos por el trato, están muy distanciados en su formación, muchas veces sólo pueden entenderse por una mediación semejante. Más aún, ¿no nos vemos con frecuencia obligados a traducir previamente lo que dice otro que es de nuestra misma clase, pero de sensibilidad y temperamento diferentes? Es decir, cuando tenemos la impresión de que los mismos enunciados tendrían en nuestros labios un sentido totalmente diverso o, al menos, un contenido unas veces más fuerte y otras más débil que en los suyos, y que, si quisiéramos expresar lo mismo que él piensa, nos serviríamos, a nuestro modo, de palabras y giros totalmente diferentes, parece que, al definirnos esta impresión con más detalle y convertírmola en idea, traducimos. Más todavía, nuestras propias manifestaciones tenemos a veces que traducírnoslas después de cierto tiempo, si queremos volver a asimilarlas como es

debido. Y esta facultad no se ejerce sólo para trasplantar a suelo ajeno lo que una lengua ha producido en el dominio de las ciencias o de las letras, agrandando así el círculo de acción de estos productos del espíritu, sino que se practica también en el comercio entre distintos pueblos, y en el trato diplomático entre gobiernos independientes, cada uno de los cuales sólo en su propia lengua suele hablar al otro, cuando, sin servirse de una lengua muerta, quieren atenerse a una igualdad estricta.

[2] Pero, naturalmente, no pretendemos incluir en nuestra consideración actual todo lo contenido en este vasto recinto. Aquella necesidad de traducir incluso dentro de la propia lengua o dialecto, exigencia más o menos momentánea de nuestra disposición anímica, también en su efecto mismo está demasiado limitada al instante para necesitar más dirección que la del sentimiento; y, si hubiera que dar reglas sobre esto, sólo podrían ser aquella con cuya observancia mantenemos una disposición puramente moral, a fin de que nuestra alma permanezca abierta incluso a lo que tiene menos afinidad con ella. Prescindamos, pues, ahora de esto, y limitémonos a la traducción desde una lengua extranjera a la nuestra. También aquí podemos distinguir —no, ciertamente, con precisión total, cosa que rara vez se logra, sino con límites imprecisos, aunque con suficiente claridad, si miramos a los extremos— dos dominios diferentes. El intérprete, en efecto, ejerce su oficio en el terreno de los negocios; el verdadero traductor, principalmente en el dominio de la ciencia y del arte. Si alguien considera arbitraria esta definición de los términos, puesto que, en general, más bien se entiende por interpretación la oral, y por traducción, la escrita, discúlpela en atención a su comodidad para lo que ahora nos importa, y sobre todo porque, en realidad, ambas definiciones se aproximan bastante. El dominio del arte y de la ciencia quiere ser tratado por escrito, única manera de que sus obras perduren; y la interpretación oral de una producción científica o artística sería tan inútil, que hasta parece imposible. Para los negocios, en cambio, la escritura es sólo un medio mecánico; el trato oral es aquí lo suyo, y cualquier interpretación escrita sólo puede considerarse, propiamente, como registro de otra oral.

[3] Muy próximos, por espíritu y naturaleza, a este dominio están otros dos que, sin embargo, en medio de la gran variedad de los objetos que les pertenecen, constituyen ya una transición, el uno hacia el dominio del arte, y el otro hacia el de la ciencia. En efecto, todo trato en que se produce la interpretación es, por una parte, un hecho cuyo desarrollo se concibe en dos lenguas diferentes. Pero también la traducción de escritos puramente narrativos o descriptivos, que se limita, por consiguiente, a trasladar a otra lengua el desarrollo, ya descrito, de un hecho, puede tener aún muchísimo que ver con la actividad

del intérprete. Cuanto menos se haya mostrado personalmente el autor en el escrito original, cuanto más se haya limitado a obrar como órgano receptor del objeto y más se haya ceñido al orden espacial y temporal, tanto más se acercará la traslación a una simple interpretación. Así, el traductor de artículos periodísticos y de descripciones de viaje corrientes está muy cerca del intérprete, y puede resultar ridículo que su trabajo tenga mayores pretensiones y que por él aspire a ser considerado como artista. En cambio, cuanto más haya prevalecido en la exposición la manera de ver y combinar propia del autor, cuanto más se haya ajustado a un orden libremente elegido o determinado por la impresión, tanto más se eleva ya su tarea a la esfera superior del arte, y también el traductor tiene que aplicar entonces a su trabajo otras fuerzas y destrezas, y conocer a su escritor y la lengua de éste en otro sentido que el intérprete. Por otra parte, toda negociación en que se interpreta es, generalmente, la estipulación de un caso particular de acuerdo con situaciones jurídicas determinadas; la traslación se hace sólo para los partícipes, que conocen suficientemente tales situaciones, cuya expresión en ambas lenguas está determinada o bien legalmente, o por el uso y por declaraciones mutuas. Pero no sucede lo mismo con negociaciones que, aun siendo muchas veces en la forma muy semejantes a aquéllas, sirven para determinar situaciones jurídicas nuevas. Cuanto menos puedan éstas, a su vez, ser consideradas como especies de un género suficientemente conocido, mayor conocimiento científico y perspicacia requiere ya su redacción, y, asimismo, mayor conocimiento de las cosas y de la lengua necesitará el traductor para su trabajo. Así, pues, en esta doble escala se eleva el traductor cada vez más sobre el intérprete, hasta su más peculiar dominio, constituido por los productos espirituales del arte y de la ciencia, en que, por una parte, la libre y peculiar facultad combinatoria del autor, y, por otra, el espíritu de la lengua con su sistema de percepciones y su matización de los estados de ánimo, lo son todo, y el objeto ya no domina en absoluto, sino que es dominado por el pensamiento y el espíritu; más aún, con frecuencia sólo nace por la palabra y sólo con ella existe.

[4] Pero ¿en qué se basa esta importante diferencia, que cualquiera percibe ya en las zonas fronterizas, aunque en los extremos más remotos es donde con mayor fuerza se nos muestra? En la vida comercial se trata casi siempre de objetos que están a la vista, o, al menos, son lo más concretos posible; todas las negociaciones tienen en cierto modo carácter aritmético o geométrico, se cuenta siempre con la ayuda del número y de la medida, e incluso en aquellos conceptos que, según los antiguos, admiten el más y el menos y se designan por una gradación de palabras que en la vida corriente crecen o menguan en su contenido indeterminado, surge pronto, por ley y por costumbre,

un uso fijo para cada palabra. Por eso, si el que habla no finge, con intención de engañar, imprecisiones maliciosas, ni falla por inadvertencia, resulta sin más inteligible para todo el que entienda el asunto y la lengua, y sólo se producen, en cada caso, diferencias insignificantes en el uso de la lengua. Aun entonces, rara vez puede haber, sobre qué expresión de una lengua corresponde a cualquiera de la otra, una duda que no pueda resolverse en seguida. Por eso, en este terreno, la traslación es actividad casi mecánica, que, con un conocimiento regular de ambas lenguas, puede ejercer cualquiera, y, con sólo evitar lo abiertamente falso, poca diferencia hay aquí en la calidad. Pero, en cuanto a los productos del arte y de la ciencia, si se quiere trasplantarlos de una lengua a otra, hay que tener en cuenta dos cosas que cambian por completo la situación. Y es que, si a cada palabra de una lengua correspondiera exactamente una palabra de la otra, expresando el mismo concepto con el mismo alcance; si las flexiones de ambas lenguas representaran las mismas circunstancias, y sus tipos de construcción coincidieran, de suerte que las lenguas sólo se diferenciassen realmente por el sonido, entonces, también en el dominio del arte y de la ciencia, toda traducción, en la medida en que sólo aspira a comunicar el conocimiento del contenido de una manifestación oral o escrita, sería tan puramente mecánica como en el terreno comercial; y, exceptuando los efectos del acento y del ritmo, podría decirse de toda traducción que el lector extranjero estaría frente al autor y su obra en la misma situación que el nativo. Pero el hecho es que, como no sean lenguas tan afines que casi puedan considerarse simples dialectos, con todas sucede precisamente lo contrario, y cuanto más alejados están por su ascendencia y por el tiempo, más difícil es hallar en una lengua una sola palabra a la que corresponda exactamente una palabra de otra, y ningún tipo de flexión de una abarca justamente la misma variedad de circunstancias que cualquier otro tipo de otra. En la medida en que esta irracionalidad, por decirlo así, penetra todos los elementos de dos lenguas, tiene que afectar también, naturalmente, al dominio de las relaciones sociales. Pero es indudable que aquí presiona mucho menos y apenas ejerce ningún influjo. Todas las palabras que expresan objetos y actividades de cierta importancia están como contrastadas, y si una sutileza vana y por demás cautelosa quisiera todavía precaverse contra una posible desigualdad de alcance de las palabras, la cosa misma lo nivela todo inmediatamente. Muy otra es la situación en el dominio del arte y de la ciencia, y donde quiera que predomine el pensamiento, que se identifica con la expresión, y no la cosa, para la cual es la palabra sólo un signo arbitrario, pero quizá firmemente establecido. ¡Pues qué terriblemente difícil y complicado resulta aquí el trabajo! ¡Qué conocimiento tan exacto y qué dominio de ambas lenguas presupone! ¡Y cuántas veces los más entendidos en la

materia y los mejores conocedores de las lenguas, en el convencimiento común de que es imposible hallar una expresión equivalente, se apartan mucho unos de otros al querer indicar al menos la más aproximada! Esto vale exactamente igual para las expresiones vivas y pintorescas de las obras poéticas, y para las más abstractas, que designan lo más intrínseco y universal de las cosas, propias de la ciencia más alta.

[5] Lo segundo en que la traducción auténtica difiere por completo de la simple interpretación es lo siguiente. Siempre que lo que se dice no está totalmente determinado por objetos visibles o por realidades externas que basta con enunciar, es decir, cuando el hablante piensa más o menos independientemente y quiere, por tanto, expresarse, éste se halla ante la lengua en una relación doble, y lo que dice sólo puede ya entenderse bien en la medida en que tal relación es bien comprendida. De una parte, todos estamos en poder de la lengua que hablamos: nosotros y todo nuestro pensamiento somos producto de ella. No podemos pensar con total precisión nada que esté fuera de sus fronteras; la configuración de nuestros conceptos, el modo y los límites de la posibilidad de combinarlos nos están previamente trazados por la lengua en que hemos nacido y hemos sido educados; nuestro entendimiento y nuestra fantasía están ligados por ella. Mas, por otra parte, todo el que piensa libremente, y cuyo espíritu actúa por propio impulso, contribuye también a moldear la lengua. Pues ¿cómo si no a través de estos influjos, se habría formado y habría crecido desde su estado primitivo y rudo hasta una más alta perfección en la ciencia y el arte? En este sentido, es la fuerza viva del individuo la que produce nuevas formas en la materia dúctil de la lengua, inicialmente sólo con el propósito momentáneo de comunicar una observación transitoria; pero de tales formas quedan en la lengua unas veces más y otras menos, y, recogidas por otros, siguen desarrollando su efecto modelador. Más aún, se puede decir que sólo en la medida en que uno actúa así sobre la lengua merece ser escuchado más allá de su singular e inmediato dominio. Todo discurso que puede ser reproducido del mismo modo por mil órganos, se extingue pronto necesariamente; sólo puede y debe durar más el que por sí mismo constituye un nuevo momento en la vida de la lengua. Por eso cualquier discurso libre y superior pide ser comprendido de dos modos; por una parte, desde el espíritu de la lengua cuyos elementos lo componen, como una exposición ceñida y condicionada por este espíritu, engendrada y vivificada por él en el hablante; por otra parte, poder ser comprendido desde el ánimo del que lo produce, como obra suya, como algo que sólo desde su manera de ser puede surgir precisamente así y ser explicado. Más aún, cualquier discurso de esta naturaleza sólo se entiende, en el sentido más alto de la palabra, cuando ambas relaciones son comprendidas

simultáneamente y en su verdadera proporción mutua, sabiendo cuál de las dos predomina en el todo o en las distintas partes. Para entender el discurso también como obra del que lo produce es necesario sentir al mismo tiempo cuándo y cómo se ha apoderado de él la lengua, en qué momentos de la dirección ejercida por ella han serpeado los relámpagos del pensamiento, dónde y cómo ha quedado aprisionada en sus formas la vagante fantasía. Pero tampoco se entiende el discurso como producto de la lengua y como manifestación de su espíritu si, al sentir, por ejemplo, que sólo un griego podía pensar y hablar así, que sólo esta lengua podía actuar así en un espíritu humano, no se siente al mismo tiempo que sólo este hombre podía pensar y hablar así en griego, que sólo él podía manejar y organizar así la lengua, que sólo su posesión viva de la riqueza idiomática, su sentido alerta para la medida y la eufonía, su capacidad de pensar y de dar forma, podían manifestarse así. Ahora bien, si la intelección en este dominio es ya difícil en la lengua propia, e implica una penetración exacta y honda en el espíritu de la lengua y en la peculiaridad del escritor, ¿cómo no habrá de constituir incluso un arte elevado cuando se trate de las producciones de una lengua extraña y lejana? Quien ha llegado a este arte de la intelección a través de los más solícitos esfuerzos en torno a la lengua, mediante el conocimiento exacto de toda la vida histórica del pueblo y la rememoración vivísima de las distintas obras y de sus autores, ése, y sólo ése, puede sentir deseo de comunicar a sus compatriotas y contemporáneos su propia intelección de las obras maestras del arte y de la ciencia.

[6] Pero los escrúpulos tienen que acumularse cuando se dispone a emprender la tarea, cuando quiere definir con más exactitud sus fines y considera sus medios. ¿Debe proponerse establecer entre dos personas tan alejadas entre sí como son la que habla su misma lengua y desconoce la del autor original, y el autor mismo, una relación tan directa como la que hay entre un escritor y su lector nativo? O, aunque sólo quiera comunicar a sus lectores la misma intelección y el mismo goce que él disfrutaba, intelección y goce que conservan las huellas del esfuerzo y llevan mezclado el sentimiento de lo extraño, ¿cómo puede conseguir esto, y no digamos aquello, con los medios de que dispone? Para que sus lectores puedan entender, tienen que penetrar en el espíritu de la lengua del escritor original, tienen que poder intuir su peculiar manera de pensar y de sentir. Y, para lograr ambas cosas, no puede ofrecerles más que su propia lengua, que nunca coincide plenamente con aquella, y ofrecerse él mismo con su conocimiento más o menos claro del autor, y con la admiración y aprobación, mayor o menor, que le tributa. ¿No parece la traducción, así entendida, una empresa descabellada?

[7] Por eso, en la desesperanza de alcanzar esta meta, o, si se pre-

fiere, antes de que se pudiera llegar a percibirla claramente, no por el verdadero sentido del arte y de la lengua, sino, de una parte, por necesidad intelectual, y, de otra, por habilidad mental, se inventaron otras dos maneras de trabar conocimiento con las obras de lenguas extrañas, suprimiendo así violentamente algunas de aquellas dificultades y soslayando prudentemente otras, pero abandonando por completo la idea de la traducción aquí propuesta; son esas dos maneras la paráfrasis y la imitación.

[8] La paráfrasis quiere expugnar la irracionalidad de las lenguas, pero sólo de un modo mecánico. El parafrasta piensa: aunque no pueda hallar en mi lengua una palabra que corresponda a ésta de la lengua original, quiero acercarme lo más posible a su valor mediante la adición de complementos limitadores y ampliadores. Así, avanza pesadamente, entre lo molesto demasiado, y entre lo inquietante demasiado poco, mediante la acumulación de detalles sueltos. De este modo puede quizá reproducir el contenido con una exactitud limitada, pero renuncia por completo a la impresión; pues el discurso vivo queda irreparablemente muerto, y todos notan que, en su origen, no pudo salir así de un espíritu humano. El parafrasta opera con los elementos de ambas lenguas como si fueran signos matemáticos que por adición y sustracción pudieran reducirse a igual valor, y en esta operación ni el espíritu de la lengua transformada ni el de la original pueden manifestarse. Si, además, la paráfrasis pretende señalar psicológicamente las huellas de la unión de los pensamientos, donde son imprecisas y parecen perderse, mediante incisos que intercala como jalones, entonces aspira al mismo tiempo, cuando se trata de composiciones difíciles, a hacer de comentario, y se aleja todavía más del concepto de traducción.

[9] La imitación, en cambio, se doblega ante la irracionalidad de las lenguas. Confiesa que no se puede reproducir en otra lengua la imagen de una obra maestra del discurso de modo que cada una de sus partes corresponde exactamente a cada una de las partes del original, sino que, dada la diferencia de las lenguas, a la que van esencialmente unidas tantas otras diferencias, lo único que puede hacerse es elaborar una copia, un todo compuesto de partes notoriamente diferentes de las del original, pero que, en la impresión que produce, se aproxime siempre al otro todo tanto como la diferencia del material lo permita. pero tal remedo ya no es aquella misma obra, ni se aspira a que en él aliente y actúe de algún modo el espíritu de la lengua original, sino que precisamente lo insólito que éste ha producido se sustituye por otra cosa; lo único que se pretende es que una obra de esta índole, habida cuenta de la diferencia de lengua, de costumbres, de cultura, sea en lo posible para sus lectores lo mismo que el original para sus destinatarios; al tratar de salvar la igualdad de la impresión, se renuncia a

la identidad de la obra. Así, pues, el imitador ni siquiera intenta poner en contacto al autor original y al lector de la imitación, porque toda relación directa entre ellos le parece imposible, sino que pretende sólo producir en el lector una impresión semejante a la recibida por los lectores directos y contemporáneos del original.

La paráfrasis se usa más en el terreno de las ciencias; la imitación, en el dominio del arte. Y si es cierto que todos admiten que una obra de arte parafraseada pierde su tono, su lustre y todo su contenido artístico, también lo es que nadie ha cometido aún la locura de intentar la imitación de una obra maestra de la ciencia tratando libremente su contenido. Pero ninguno de los dos procedimientos puede satisfacer a quien, penetrado del valor de una obra maestra extranjera, quiere extender su círculo a los que hablan su misma lengua y tiene presente el riguroso concepto de traducción. Por eso, ninguno de los dos, por su misma desviación de este concepto, puede ser examinado ahora con más detalle; sólo figuran aquí como murias del terreno que propiamente nos interesa.

[10] Pero, entonces, ¿qué caminos puede emprender el verdadero traductor, que quiere aproximar de verdad a estas dos personas tan separadas, su escritor original y su propio lector, y facilitar a este último, sin obligarle a salir del círculo de su lengua materna, el más exacto y completo entendimiento y goce del primero? A mi juicio, sólo hay dos. O bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor. Ambos son tan por completo diferentes, que uno de ellos tiene que ser seguido con el mayor rigor, pues cualquier mezcla produce necesariamente un resultado muy insatisfactorio, y es de temer que el encuentro de escritor y lector falle del todo. La diferencia entre ambos métodos, y que ésta sea su relación mutua, se verá enseguida. Porque, en el primer caso, el traductor se esfuerza por sustituir con su trabajo el conocimiento de la lengua original, del que el lector carece. La misma imagen, la misma impresión que él, con su conocimiento de la lengua original, ha logrado de la obra, trata de comunicarlas a los lectores, moviéndolos, por consiguiente, hacia el lugar que él ocupa y que propiamente les es extraño. Pero si la traducción quiere hacer, por ejemplo, que un autor latino hable como, de haber sido alemán, habría hablado y escrito para alemanes, entonces no sólo mueve al autor precisamente hasta el lugar del traductor, pues tampoco para éste habla alemán el autor, sino latín; más bien lo mete directamente en el mundo de los lectores alemanes y lo hace semejante a ellos; y éste es precisamente el otro caso. La traducción primera será perfecta en su género si se puede decir que, de haber aprendido alemán el autor tan bien como el traductor latín, no habría traducido su obra, originalmente

redactada en latín, sino como realmente ha hecho el traductor. La otra, en cambio, al no mostrar al autor como él mismo habría traducido, sino como habría escrito originalmente en alemán y en cuanto alemán, difícilmente podrá tener otro criterio de perfección que no sea el poder asegurar que, si los lectores alemanes en conjunto se dejaran transformar en conocedores y contemporáneos del autor, la obra misma habría llegado a ser para ellos exactamente lo mismo que es ahora la traducción, al haberse transformado el autor en alemán. Siguen este método, evidentemente, cuantos utilizan la fórmula de que se ha de traducir a un autor como él mismo habría escrito en alemán.

[11] Esta confrontación pone sin duda de manifiesto cuán diferente tiene que ser el procedimiento en cada caso, y cómo, si en el mismo trabajo se quisiera alternar los métodos, todo resultaría incomprensible e inadecuado. Pero deseo afirmar también que, fuera de estos dos métodos, no puede haber otro que se proponga un fin determinado. Y es que ya no hay más procedimientos posibles. Las dos partes separadas o bien tienen que ir a encontrarse en un punto medio, y éste será siempre el del traductor, o bien una tiene que adaptarse totalmente a la otra, y entonces cae en el dominio de la traducción un único género, y el otro sólo entraría en él si, es nuestro caso, los lectores alemanes llegaran a dominar del todo la lengua latina, o más bien, si ésta llegara a apoderarse de ellos por completo, hasta transformarlos.

[12] Así, pues, todo lo que se dice sobre traducciones según la letra o según el sentido, traducciones fieles o traducciones libres, y cuantas otras expresiones puedan haber cobrado vigencia, aunque se trate de métodos diversos, tienen que poder reducirse a los dos mencionados. Y si lo que se busca es señalar vicios y virtudes, resultará que la fidelidad y la conformidad al sentido, o la literalidad y la libertad excesivas de un método serán distintas de las del otro. Mi intención es, por consiguiente, prescindir de todas las cuestiones particulares acerca de este objeto ya tratadas por los entendidos, y considerar sólo los rasgos más generales de aquellos dos métodos, para que pueda verse más fácilmente en qué consisten las ventajas y las dificultades de cada uno de ellos, y, por tanto, en qué sentido alcanza mejor uno u otro el fin de la traducción, y cuáles son los límites dentro de los cuales puede aplicarse cada uno.

[13] Desde un punto de vista tan general, habría que emprender dos tareas, de las cuales este ensayo constituye sólo la introducción. Se podrían esbozar normas para cada uno de los dos métodos, teniendo en cuenta los diversos géneros del discurso, y se podrían comparar los más señalados intentos hechos de acuerdo con una u otra opinión, juzgarlos, y así aclarar más aún el tema. Ambas cosas tengo que dejarlas para otros o, al menos, para otra ocasión.

[14] El método que aspira a producir en el lector, mediante la traducción, la misma impresión que como alemán recibiría de la lectura de la obra en la lengua original, tiene que determinar ante todo qué clase de intelección de la lengua original quiere en cierto modo imitar. Pues hay una que no debe, y otra que no puede, ser imitada por la traducción. La primera es una intelección escolar, que torpemente se abre paso, todavía con esfuerzo y casi con repugnancia, a través de cada frase, y por eso nunca llega a la clara visión del todo, a la comprensión viva del conjunto. Mientras la parte culta de un pueblo no tenga, en general, ninguna experiencia de una penetración más honda en lenguas extranjeras, ojalá el genio tutelar de los que han avanzado más los libre de emprender tales traducciones. Pues, si pretendieran erigir en norma su propia intelección, ellos mismos serían mal entendidos y conseguirían poco; y si su traducción hubiera de representar la intelección corriente, habría que relegar cuanto antes al olvido una obra tan tosca. Así, pues, en tales circunstancias, conviene primero despertar y afinar el gusto de lo extraño mediante imitaciones libres, y preparar con paráfrasis una intelección más general, allanando así el camino para futuras traducciones.

[15] Pero hay otra intelección que ningún traductor puede imitar. Pensemos en esos hombres portentosos que la naturaleza suele producir a veces, como para mostrar que también puede destruir en casos aislados las barreras de lo nacional; hombres que sienten tan peculiar afinidad con una existencia ajena que se sitúan por completo, vital e ideológicamente, dentro de otra lengua y de sus producciones, y, al entregarse al estudio de un mundo extranjero, dejan que se les tornen completamente extraños su propio mundo y su propia lengua; o bien en esos hombres que están como destinados a representar en toda su amplitud la capacidad lingüística, y para quienes todas las lenguas que pueden alcanzar son del todo equivalentes y les sientan como hechas a su medida: estos hombres se sitúan en un punto en que el valor de la traducción se reduce a cero. En efecto, como en su comprensión de obras extranjeras ya no se da el menor influjo de la lengua materna, y la conciencia de su intelección no les llega de ningún modo en esta lengua, sino que la adquieren directa y espontáneamente en la del original, tampoco sienten la menor incommensurabilidad entre su pensamiento y la lengua en que leen. Por eso ninguna traducción puede alcanzar ni exponer la intelección que ellos obtienen. Y del mismo modo que traducir para ellos sería verter agua en el mar o echársela al vino, así también suelen ellos, desde su altura, sonreír compasivamente, y no sin razón, al ver los intentos que en este dominio se hacen. Pues, en verdad, si el público para el que se traduce fuese igual que ellos, sería inútil tal esfuerzo.

[16] La traducción se ordena, pues, a un estado que se halla a me-

dio camino entre estos dos, y el traductor tiene que ponerse como meta proporcionar a su lector una imagen y un placer semejantes a los que la lectura de la obra en la lengua original procura al hombre cultivado, al que, en el mejor sentido de estas palabras, solemos llamar aficionado y entendido, que conoce suficientemente la lengua extranjera sin que deje de resultarle extraña, y ya no necesita, como los alumnos, repensar en la lengua materna cada parte antes de comprender el todo, pero, incluso cuando más sin trabas disfruta de las bellezas de una obra, sigue notando siempre la diferencia entre la lengua en que está escrita y su lengua materna. Es cierto que, aun después de fijar estos puntos, el círculo de acción y la delimitación de esta manera de traducir siguen pareciéndonos bastante imprecisos. Lo único que vemos es que, así como la inclinación a traducir sólo puede nacer cuando entre la parte cultivada del pueblo se ha extendido cierta capacidad de trato con lenguas extranjeras, así también el arte sólo puede crecer y apuntar cada vez más alto, a medida que la afición y el conocimiento de obras foráneas se extiende y se eleva entre aquella parte del pueblo que ha ejercitado y educado su oído sin hacer del aprendizaje de lenguas su verdadero oficio. Pero, al mismo tiempo, no podemos ocultar que, cuanto más sensibles sean los lectores a tales traducciones, tanto más se acumularán también las dificultades de la empresa, sobre todo si se mira a los productos más peculiares del arte y de la ciencia de un pueblo, que ciertamente son para el traductor los objetos más importantes. Y es que, siendo la lengua un ente histórico, no puede haber auténtico sentido para ella sin sentido para su historia. Las lenguas no se inventan, y trabajar en ellas o sobre ellas de modo puramente arbitrario es siempre un disparate; las lenguas se descubren poco a poco, y la ciencia y el arte son las fuerzas que promueven y completan este descubrimiento. Todo espíritu selecto, en el que una parte de las intuiciones del pueblo se configura de modo peculiar en una de ambas formas, trabaja y actúa dentro de la lengua en tal sentido, y también sus obras tienen que contener, por tanto, una parte de la historia de su lengua.

[17] Esto causa al traductor de obras científicas dificultades grandes, con frecuencia incluso insuperables; pues a quien, provisto de conocimientos suficientes, lee en la lengua original una obra insigne de esta clase, no se le escapa fácilmente el influjo ejercido por ella sobre la lengua. Observa qué palabras, qué construcciones se le muestran allí todavía en el primer brillo de la novedad; ve cómo se deslizan en la lengua a través de las exigencias propias de este espíritu y de la fuerza que lo caracteriza, y esta observación determina en gran medida la impresión que recibe. El traductor debe, pues, transmitir esto también a sus lectores; de lo contrario, dejará perderse una parte, a menudo muy importante, de lo que le está reservado. Pero ¿cómo se

puede conseguir esto? Ya en lo particular, ¿cuántas veces a una palabra nueva de la lengua original corresponderá en la nuestra precisamente una palabra vieja y gastada, de suerte que el traductor, si quisiera mostrar también entonces cómo actúa la obra original modelando la lengua, tendría que meter en el pasaje un contenido extraño y, por tanto, pasar al terreno de la imitación! ¿Cuántas veces, aunque pueda reproducir lo nuevo con lo nuevo, resultará que la palabra más semejante por su composición y procedencia no es la que mejor reproduce el sentido, y tendrá que suscitar otros acordes, si no quiere vulnerar la coherencia inmediata! Tendrá que consolarse pensando que en otros pasajes donde el autor ha usado palabras viejas y conocidas, puede desquitarse, logrando así en conjunto lo que no puede conseguir en cada caso.

(Trad. Valentín García Yebra.)

cir porque en cada idioma está contenido cualquier otro en cuanto posibilidad; se puede traducir cuando esa posibilidad se actualiza a través del cultivo de semejantes barbechos; y se debe traducir para que llegue ese día de la concordia de las lenguas, que sólo en cada una de ellas, no en el espacio vacío, puede crecer.

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

W. BENJAMIN

La tarea del traductor

Cuando nos hallamos en presencia de una obra de arte o de una forma artística nunca advertimos que se haya tenido en cuenta al destinatario para facilitarle la interpretación. No se trata sólo de que la referencia a un público determinado o a sus representantes contribuya a desorientar, sino de que incluso el concepto de un destinatario «ideal» es nocivo para todas las explicaciones teóricas sobre el arte, porque éstas han de limitarse a suponer principalmente la existencia y la naturaleza del ser humano. De tal suerte, el arte propiamente dicho presupone el carácter físico y espiritual del hombre; pero no existe ninguna obra de arte que trate de atraer su atención, porque ningún poema está dedicado al lector, ningún cuadro a quien lo contempla, ni sinfonía alguna a quienes la escuchan.

Pero ¿se hace acaso una traducción pensando en los lectores que no entienden el idioma original? Esta pregunta parece explicar suficientemente la diferencia de categoría entre original y traducción en el reino del arte. Por lo demás, es ésta la única razón posible para repetir «la misma cosa». ¿Qué «dice» una obra literaria? ¿Qué comunica? Muy poco a aquel que la comprende. Su razón de ser fundamental no es la comunicación ni la afirmación. Y, sin embargo, la traducción que se propusiera desempeñar la función de intermediario sólo podría transmitir una comunicación, es decir, algo que carece de importancia. Y éste es en definitiva el signo característico de una mala traducción. Ahora bien, lo que hay en una obra literaria —y hasta el mal traductor reconoce que es lo esencial— ¿no es lo que se considera en general como intangible, secreto, «poético»? ¿Se trata entonces de que el traductor sólo puede transmitir algo haciendo a su vez literatura? De ahí arranca en realidad una segunda característica de la

mala traducción que, según esto, puede definirse diciendo que es una transmisión inexacta de un contenido no esencial. Y en esto quedará mientras la traducción no tenga más propósito que servir al lector. Pero si la traducción estuviera realmente destinada al lector, también tendría que estarlo el original. Y si no fuera ésta la razón de ser del original, ¿qué sentido debería darse entonces a la traducción basada en esta dependencia?

La traducción es ante todo una forma. Para comprenderla de este modo es preciso volver al original, ya que en él está contenida su ley, así como la posibilidad de su traducción. El problema de la traducibilidad de una obra tiene una doble significación. Puede significar en primer término que entre el conjunto de sus lectores la obra encuentre un traductor adecuado. Y puede significar también —con mayor propiedad— que la obra, en su esencia, consiente una traducción y, por consiguiente, la exige, de acuerdo con la significación de su forma. En principio, la primera cuestión admite sólo una solución problemática y la segunda una solución apodictica. Únicamente una mentalidad superficial, que se niegue a reconocer el sentido independiente de la segunda, las declarará equivalentes... A este criterio podría oponerse que ciertos conceptos correlativos conserven su sentido exacto, y tal vez el mejor, si no se aplican exclusivamente al hombre desde el comienzo. Así podría hablarse de una vida o de un instante inolvidables, aun cuando toda la humanidad los hubiese olvidado. Si, por ejemplo, su carácter exigiera que no pasase al olvido, dicho predicado no representaría un error, sino sólo una exigencia a la que los hombres no responden, y quizá también la indicación de una esfera capaz de responder a dicha exigencia: la del pensamiento divino. Del mismo modo podría considerarse la traducibilidad de ciertas formas idiomáticas, aunque fuesen intraducibles para los hombres. Y basándose en un concepto riguroso de la traducción, ¿no podrían en cierto modo serlo realmente? Teniendo en cuenta esta diferencia, cabría preguntar si es conveniente favorecer la traducción de ciertas formas idiomáticas. Y así es cómo adquiriría significación la frase: si la traducción es una forma, la traducibilidad de ciertas obras debería ser esencial.

La traducibilidad conviene particularmente a ciertas obras, pero ello no quiere decir que su traducción sea esencial para las obras mismas, sino que en su traducción se manifiesta cierta significación inherente al original. Es evidente que una traducción, por buena que sea, nunca puede significar nada para el original; pero gracias a su traducibilidad mantiene una relación íntima con él. Más aún: esta relación es tanto más estrecha en la medida en que para el original mismo ya carece de significación. Es una relación que puede calificarse de natural y, más exactamente aun, de vital. Así como las manifestaciones de la

vida están íntimamente relacionadas con todo ser vivo, aunque no representan nada para éste, también la traducción brota del original, pero no tanto de su vida como de su «supervivencia», pues la traducción es posterior al original. Y, sin embargo, para las obras importantes que nunca encuentran a sus traductores adecuados en la época de su creación, indica la fase de su supervivencia. La idea de la vida y de la supervivencia de las obras debe entenderse con un rigor totalmente exento de metáforas. Ni siquiera en las épocas de mayor confusión mental se ha supuesto que sólo el organismo pudiera estar dotado de vida. Pero ello no es razón para pretender extender el imperio de la vida bajo el frágil cetor del alma, como lo intentó Fechner; ni tampoco para decir que sería posible definir la vida basándose en los actos todavía menos decisivos de la animalidad o en el sentimiento, que sólo la caracteriza ocasionalmente. Este concepto se justifica mejor cuando se atribuye a aquello que ha hecho historia y no ha sido únicamente escenario de ella. Porque en último término sólo puede determinarse el ámbito de la vida partiendo de la historia y no de la naturaleza, y mucho menos de cosas tan variables como el sentimiento y el alma. De ahí que corresponda al filósofo la misión de interpretar toda la vida natural, partiendo de la existencia más amplia de la historia. Y en todo caso, ¿la supervivencia de las obras no es incomparablemente más fácil de reconocer que la de las criaturas? La historia de las grandes obras de arte arranca de los orígenes de la vida, se ha formado durante la vida del artista, y las generaciones posteriores son esencialmente las que le confieren una supervivencia duradera. Cuando se manifiesta esta supervivencia, toma el nombre de fama. Las traducciones que son algo más que comunicaciones surgen cuando una obra sobrevive y alcanza la época de su fama. Por consiguiente, las traducciones no son las que prestan un servicio a la obra, como pretenden los malos traductores, sino que más bien deben a la obra su existencia. La vida del original alcanza en ellas su expansión póstuma más vasta y siempre renovada.

Esta expansión es como la de una vida peculiar y superior y se halla determinada por un objetivo peculiar y superior. Vida y objetivo: su relación aparentemente evidente y que, sin embargo, casi se sustrae al conocimiento, se revela sólo si esa finalidad para la cual colaboran todos los objetivos singulares de la vida no es a su vez buscada en la esfera misma de la vida, sino en una esfera superior. En último término, todos los fenómenos vitales y su objetivo, no sólo son útiles para la vida, sino también para expresar su esencia y para subrayar su importancia. La traducción sirve, pues, para poner de relieve la íntima relación que guardan los idiomas entre sí. No puede revelar ni crear por sí misma esta relación íntima, pero sí puede representarla, realizándola en una forma embrionaria e intensiva. Y precisamente esta repre-

sentación de un hecho indicado mediante el tanteo, que es el germen de su creación, constituye una forma de representación muy peculiar que apenas aparece fuera del ámbito de la vida idiomática, pues ésta encuentra en las analogías y los signos otros medios de expresión distintos del intensivo, es decir, la realización previa y alusiva. Pero este vínculo imaginado e íntimo de las lenguas es el que trae consigo una convergencia particular. Se funda en el hecho de que las lenguas no son extrañas entre sí, sino *a priori*, y prescindiendo de todas las relaciones históricas, mantienen cierta semejanza en la forma de decir lo que se propone.

En todo caso, como consecuencia de este intento de explicación el análisis parece desembocar de nuevo en la teoría tradicional de la traducción, después de haber dado unos rodeos inútiles. Si el parentesco de los idiomas ha de confirmarse en las traducciones, ¿cómo puede hacerlo si no es transmitiendo con la mayor exactitud posible la forma y el sentido del original? Naturalmente, esta teoría no podría expresar el concepto de dicha exactitud, ya que no lograría justificar lo que es esencial en una traducción. Ahora bien, el parentesco entre los idiomas aparece en una traducción de manera más intensa y categórica que en la semejanza superficial e indefinible de dos obras literarias. Para comprender la verdadera relación entre el original y la traducción hay que partir de un supuesto, cuya intención es absolutamente análoga a los razonamientos, en los que la crítica del conocimiento ha de demostrar la imposibilidad de establecer una teoría de la copia. Si allí se probara que en el conocimiento no puede existir la objetividad, ni siquiera la pretensión de ella, si sólo consistiera en reproducciones de la realidad, aquí puede demostrarse que ninguna traducción sería posible si su aspiración suprema fuera la semejanza con el original. Porque en su supervivencia —que no debería llamarse así de no significar la evolución y la renovación por que pasan todas las cosas vivas— el original se modifica. Las formas de expresión ya establecidas están igualmente sometidas a un proceso de maduración. Lo que en vida de un autor ha sido quizás una tendencia de su lenguaje literario, puede haber caído en desuso, ya que las formas creadas pueden dar origen a nuevas tendencias inmanentes; lo que en un tiempo fue joven puede parecer desgastado después; lo que fue de uso corriente puede resultar arcaico más tarde. Perseguir lo esencial de estos cambios, así como de las transformaciones constantes del sentido, en la subjetividad de lo nacido ulteriormente, en vez de buscarlo en la vida misma del lenguaje y de sus obras —aun admitiendo el psicologismo más riguroso— significaría confundir el principio y la esencia de una cosa o, dicho con más exactitud, sería negar uno de los procesos históricos más grandiosos y fecundos de la fuerza primaria del pensamiento. E incluso, si pretendiéramos convertir el último trazo de plu-

ma del autor en el golpe de gracia para su obra, no lograría salvarse esa fenecida teoría de la traducción. Pues así como el tono y la significación de las grandes obras literarias se modifican por completo con el paso de los siglos, también evoluciona la lengua materna del traductor. Es más: mientras la palabra del escritor sobrevive en el idioma de éste, la mejor traducción está destinada a diluirse una y otra vez en el desarrollo de su propia lengua y a perecer como consecuencia de esta evolución. La traducción está tan lejos de ser la ecuación inflexible de dos idiomas muertos que, cualquiera que sea la forma adoptada, ha de experimentar de manera especial la maduración de la palabra extranjera, siguiendo los dolores del alumbramiento en la propia lengua.

Si es cierto que en la traducción se hace patente el parentesco de los idiomas, conviene añadir que no guarda relación alguna con la vaga semejanza que existe entre la copia y el original. De esto se infiere que el parentesco no implica forzosamente la semejanza. Y aun así el concepto de la afinidad se halla a este respecto de acuerdo con su empleo más estricto, ya que no es posible definirlo exactamente basándose en la igualdad de origen de ambas lenguas, aun cuando, como es natural, para la determinación de ese empleo más estricto siga siendo imprescindible la noción de origen. Dejando de lado lo histórico ¿dónde debe buscarse el parentesco entre dos idiomas? En todo caso, ni en la semejanza de las literaturas ni en la analogía que pueda existir en la estructura de sus frases. Todo el parentesco suprahistórico de dos idiomas se funda más bien en el hecho de que ninguno de ellos por separado, sin la totalidad de ambos, puede satisfacer recíprocamente sus intenciones, es decir, el propósito de llegar al lenguaje puro. Precisamente, si por una parte todos los elementos aislados de los idiomas extranjeros, palabras, frases y concordancias, se excluyen entre sí, estos mismos idiomas se complementan en sus intenciones. Para expresar exactamente esta ley, una de las fundamentales de la filosofía del lenguaje, hay que distinguir en la intención lo entendido y el modo de entender. En las palabras *Brot* y *pain* lo entendido es sin duda idéntico, pero el modo de entenderlo no lo es. Sólo por la forma de pensar constituyen estas palabras algo distinto para un alemán y para un francés; son inconfundibles y en último término hasta se esfuerzan por excluirse. Pero en su intención, tomadas en su sentido absoluto, son idénticas y significan lo mismo. De manera que la forma de entender estos dos vocablos es contradictoria, pero se complementa en las dos lenguas de las que proceden. Y a decir verdad se complementa en ellas la forma de pensar en relación con lo pensado. Tomadas aisladamente, las lenguas son incompletas y sus significados nunca aparecen en ellas en una independencia relativa, como en las palabras aisladas o proposiciones, sino que se encuentran más bien en una

continua transformación, a la espera de aflorar como la pura lengua de la armonía de todos esos modos de significar. Hasta ese momento ello permanece oculto en las lenguas. Pero si éstas se desarrollan así hasta el fin mesiánico de sus historias, la traducción se alumbra en la eterna supervivencia de las obras y en el infinito renacer de las lenguas, como prueba sin cesar repetida del sagrado desarrollo de los idiomas, es decir, de la distancia que media entre su misterio y su revelación, y se ve hasta qué punto esa distancia se halla presente en el conocimiento.

En todo caso, esto permite reconocer que la traducción no es sino un «procedimiento transitorio y provisional» para interpretar lo que tiene de singular cada lengua. Para comprender esta singularidad el hombre no dispone más que de medios transitorios y provisionales, por no tener a su alcance una solución permanente y definitiva o por lo menos, por no poder aspirar a ella inmediatamente. En cambio, el desarrollo de las religiones tiene un carácter mediato, porque hace madurar en los idiomas la semilla oculta de otro lenguaje más alto. Así resulta que la traducción, aun cuando no pueda aspirar a la permanencia de sus formas —y en esto se distingue del arte—, no niega su orientación hacia una fase final, inapelable y decisiva de todas las disciplinas lingüísticas. En ella se exalta el original hasta una altura del lenguaje que, en cierto modo, podríamos calificar de superior y pura, en la que, como es natural, no se puede vivir eternamente, ya que no todas las partes que constituyen su forma pueden ni con mucho llegar a ella, pero la señalan por lo menos con una insistencia admirable, como si esa región fuese el ámbito predestinado e inaccesible donde se realiza la reconciliación y la perfección de las lenguas. No alcanza tal altura en su totalidad, pero tal altura está relacionada con lo que en la traducción es más que comunicación. Ese núcleo esencial puede calificarse con más exactitud diciendo qué es lo que hay en una obra de intraducible. Por importante que sea la parte de comunicación que se extraiga de ella y se traduzca, siempre permanecerá intangible la parte que persigue el trabajo del auténtico traductor. Ésta no es transmisible, como sucede con la palabra del autor en el original, porque la relación entre su esencia y el lenguaje es totalmente distinta en el original y en la traducción. Si en el primer caso constituyen éstos cierta unidad, como la de una fruta con su corteza, en cambio el lenguaje de la traducción envuelve este contenido como si lo ocultara entre los amplios pliegues de un manto soberano, porque representa un lenguaje más elevado que lo que en realidad es y, por tal razón, resulta desproporcionado, vehemente y extraño a su propia esencia. Esta incongruencia impide toda ulterior transposición y, al mismo tiempo, la hace superflua, ya que toda traducción de una obra, a partir de un momento determinado de la historia del lenguaje, representa,

en relación con un aspecto determinado de su contenido, las traducciones en todos los demás. Es decir, que la traducción trasplanta el original a un ámbito lingüístico más definitivo —lo que, por lo menos en este sentido, resulta irónico—, puesto que desde él ya no es posible trasladarlo, valiéndose de otra traducción y sólo es posible elevarlo de nuevo a otras regiones de dicho ámbito, pero sin salir de él. No por azar la palabra «irónico» puede hacernos recordar aquí ciertas argumentaciones de los románticos. Éstos fueron los primeros que tuvieron una visión de la vida de las obras, de la cual la traducción es la prueba suprema. Claro está que apenas la reconocieron como tal y que dirigieron más bien toda su atención a la crítica, que representa igualmente, aunque en una proporción menor, una circunstancia importante para la supervivencia de las obras. Pero aun cuando su teoría se refirió difícilmente a la traducción, la grandiosa obra de traductores que cumplieron coincidió con un sentimiento de la esencia y de la dignidad de esta forma de actividad. Este sentimiento —como todo parece indicarlo— no es forzosamente el más poderoso en el escritor. Y hasta es posible que éste, en su calidad de autor, lo considere insignificante. Ni siquiera la historia apoya el prejuicio tradicional según el cual los traductores eminentes serían poetas y los poetas mediocres pésimos traductores. Muchos de los mejores, como Lutero, Voss, Schlegel, (sin incomparablemente más significativos como traductores que como poetas; otros entre los máximos, como Hölderlin y George, no se pueden entender, en el ámbito total de su creación, sólo como poetas, y mucho menos como traductores. Precisamente por ser la traducción una forma peculiar, la función del traductor tiene también un carácter peculiar, que permite distinguirla exactamente de la del escritor.

Esta función consiste en encontrar en la lengua a la que se traduce una actitud que pueda despertar en dicha lengua un eco del original. Ésta es una característica de la traducción que marca su completa divergencia respecto a la obra literaria, porque su actitud nunca pasa al lenguaje como tal, o sea, a su totalidad, sino que se dirige sólo de manera inmediata a determinadas relaciones lingüísticas. Porque la traducción, al contrario de la creación literaria, no considera como quien dice el fondo de la selva idiomática, sino que la mira desde afuera, mejor dicho, desde enfrente y sin penetrar en ella hace entrar al original en cada uno de los lugares en que eventualmente el eco puede dar, en el propio idioma, el reflejo de una obra escrita en una lengua extranjera. La intención de la traducción no persigue solamente una finalidad distinta de la que tiene la creación literaria, es decir, el conjunto de un idioma a partir de una obra de arte única escrita en una lengua extranjera, sino que también es diferente ella misma, porque mientras la intención de un autor es natural, primitiva e

intuitiva, la del traductor es derivada ideológica y definitiva: debido a que el gran motivo de la integración de las muchas lenguas en una sola lengua verdadera es el que inspira su tarea. Una tarea en la que las proposiciones, obras y juicios particulares no llegan nunca a entenderse, pero en la cual las lenguas diversas concuerdan entre sí, integradas y reconciliadas en la forma de entender. En cambio, si existe una lengua de la verdad, en la cual los misterios definitivos que todo pensamiento se esfuerza por descifrar se hallan recogidos tácitamente y sin violencias, entonces el lenguaje de la verdad es el auténtico lenguaje. Y justamente este lenguaje, en cuya intención y en cuya descripción se encuentra la única perfección a que pueda aspirar el filósofo, permanece latente en el fondo de la traducción. No existe una musa de la filosofía, como tampoco existe una musa de la traducción. Pero estas actividades no son triviales, como pretenden algunos artistas sentimentales, pues hay un genio filosófico cuya peculiaridad es el afán de encontrar ese lenguaje que se anuncia en la traducción: «Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la suprême: penser étant écrire sans accessoires, ni chuchotement mais tacite encore l'immortelle parole, la diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de proférer les mots qui, sinon se trouveraient par une frappe unique, elle-même matériellement la vérité.» Si el filósofo es capaz de apreciar exactamente lo que piensa Mallarmé con estas frases, entonces la traducción se encuentra con los gérmenes de este lenguaje amistad de camino entre la teoría y la obra literaria. Su trabajo tiene menos intensidad, pero no por ello deja de imprimir su cuño en la historia.

Si se encara desde este punto de vista la tarea del traductor, los caminos para darle solución amenazan con convertirse en más impenetrables. Incluso agregaremos: el problema de hacer madurar en la traducción el germen del lenguaje puro parece no resolverse probablemente ni determinarse nunca con ninguna solución. Pues ¿no se quita a ésta todo fundamento cuando la reproducción del sentido original deja de ser determinante? Pues esto —interpretado negativamente— es el significado de todo lo que antecede. La fidelidad y la libertad —libertad de la reproducción en su sentido literal y, a su servicio, la fidelidad respecto a la palabra— son los conceptos tradicionales que intervienen en toda discusión acerca de las traducciones. Estos conceptos ya no parecen servir para una teoría que busque en la traducción otra cosa distinta de la reproducción del sentido. A decir verdad, su empleo tradicional considera estos conceptos en discrepancia permanente. Porque, en realidad, ¿qué valor tiene la fidelidad para la reproducción del sentido? La fidelidad de la traducción de cada palabra aislada casi nunca puede reflejar por completo el sentido que tiene el original, ya que la significación literaria de este sentido,

en relación con el original, no se encuentra en lo pensado, sino que es adquirida precisamente en la misma proporción en que lo pensado se halla vinculado con la manera de pensar en la palabra determinada. Este hecho suele expresarse mediante una fórmula que declara que las palabras encierran un tono sentimental. Y hasta podría decirse que la traducción literal, en lo que atañe a la sintaxis, impide por completo la reproducción del sentido y amenaza con desembocar directamente en la incomprensión. En el siglo XIX las traducciones de Sófoles hechas por Hölderlin eran los ejemplos monstruosos de esta traducción literal. Se comprende fácilmente hasta qué punto la fidelidad en la reproducción de la forma acaba complicando la del sentido. De acuerdo con esto, la conservación del sentido no requiere forzosamente la traducción literal. El sentido se halla mucho mejor servido por la libertad sin trabas de los malos traductores, incluso con daño para la literatura y el lenguaje. De manera que esta necesidad, cuya razón es evidente y cuya justificación está muy oculta, debe entenderse forzosamente teniendo en cuenta motivos mejor fundados. Como sucede cuando se pretende volver a juntar los fragmentos de una vasija rota que deben adaptarse en los menores detalles, aunque no sea obligada su exactitud, así también es preferible que la traducción, en vez de identificarse con el sentido del original, reconstituya hasta en los menores detalles el pensamiento de aquél en su propio idioma, para que ambos, del mismo modo que los trozos de la vasija, puedan reconocerse como fragmentos de un lenguaje superior. Por esta razón, la traducción, en su propósito de comunicar algo, debe prescindir en gran parte del sentido, y el original ya sólo le es indispensable en la medida en que haya liberado al traductor y a su obra del esfuerzo y de la disciplina del comunicante. En el terreno de la traducción puede aplicarse también la sentencia: «εν ἀρχῇ γυν ὁ λόγος», en el principio fue el Verbo. En cambio, por lo que se refiere al sentido, no puede o, mejor dicho, no debe dejar fluir libremente el lenguaje, a fin de impedir que su intención suene como un reflejo, sino que para que sea una armonía y un complemento del idioma, en el que éste comunique la forma peculiar de la intención. Por tanto, no es el mejor elogio de una traducción, sobre todo en el momento de su producción, decir de ella que se lee como un original escrito en la lengua a la que fue vertido. Es más lisonjero decir que la significación de la fidelidad, garantizada por la traducción literal, expresa a través de la obra el deseo vehemente de completar el lenguaje. La verdadera traducción es transparente, no cubre el original, no le hace sombra, sino que deja caer en toda su plenitud sobre éste el lenguaje puro, como fortalecido por su mediación. Esto puede lograrlo sobre todo la fidelidad en la transposición de la sintaxis; y ella es precisamente la que señala la palabra, y no la frase, como elemento primordial del traductor. Pues la frase es

el muro que se levanta ante el lenguaje del original, mientras que la fidelidad es el arco que lo sostiene.

Si la fidelidad y la libertad de la traducción se han considerado en todo tiempo como tendencias antagónicas, esta interpretación más profunda de una de ellas no parece reconciliarlas, sino que, por el contrario, niega a la otra todos sus derechos. Pues ¿a qué se refiere la libertad, si no es a la reproducción del sentido, que ha de cesar de tener fuerza de ley? Sólo cuando el sentido de una forma idiomática puede construirse de manera idéntica a la de su comunicación queda todavía algo terminante y definitivo, muy semejante y, sin embargo, infinitamente distinto, oculto debajo de ella o, mejor dicho, debilitado o fortalecido por ella, pero que va más allá de la comunicación. En todas las lenguas y en sus formas, además de lo transmisible, queda algo imposible de transmitir, algo que, según el contexto en que se encuentra, es simbolizante o simbolizado. Es simbolizante sólo en las formas definitivas de las lenguas, pero es simbolizado en el devenir de los idiomas mismos. Y lo que se trata de representar o crear en el devenir de las lenguas es ese mismo núcleo del lenguaje puro. Pero cuando éste, oculto o fragmentario, continúa a pesar de todo presente en la vida, como si fuera lo simbolizado, entonces sólo vive simbolizado en las formas. Por el contrario, en las lenguas, esta última realidad fundamental que es lenguaje puro, si está sólo ligada a lo lingüístico, es la riqueza única e inmensa de la traducción. En este lenguaje puro, que ya no significa ni expresa nada, sino que, como palabra creadora e inexpressiva es lo que se piensa en todos los idiomas, llega al fin, como mensaje de todo sentido y de toda intención, a un estrato en el que está destinado a extinguirse. Y precisamente él confirma un derecho nuevo y superior para la libertad de la traducción. Su valor no procede del sentido del mensaje, ya que la misión de la fidelidad es la de emanciparlo. La libertad se hace patente en el idioma propio, por amor del lenguaje puro. La misión del traductor es rescatar ese lenguaje puro confinado en el idioma extranjero, para el idioma propio, y liberar el lenguaje preso en la obra al nacer la adaptación. Para conseguirlo rompe las trabas caducas del propio idioma: Lutero, Voss, Hölderlin y George han extendido las fronteras del alemán. De acuerdo con esto, la importancia que conserva el sentido para la relación entre la traducción y el original puede expresarse con una comparación. Así como la tangente sólo roza ligeramente al círculo en un punto, aunque sea este contacto y no el punto el que preside la ley, y después la tangente sigue su trayectoria recta hasta el infinito, la traducción también roza ligeramente al original, y sólo en el punto infinitamente pequeño del sentido, para seguir su propia trayectoria de conformidad con la ley de la fidelidad, en la libertad del movimiento lingüístico. La verdadera significación de esta libertad ha sido ex-

puesta por Rudolf Pannwitz, aunque sin nombrarla ni fundamentarla, en su *Crisis de la cultura europea*, que tal vez sea, junto con las frases de Goethe en las notas para *El Diván*, lo mejor que se ha escrito en Alemania sobre la teoría de la traducción. Se dice allí que «nuestras versiones, incluso las mejores, parten de un principio falso, pues quieren convertir en alemán lo griego, indio o inglés en vez de dar forma griega, india o inglesa al alemán. Tienen un mayor respeto por los usos de su propia lengua que por el espíritu de la obra extranjera... El error fundamental del traductor es que se aferra al estado fortuito de su lengua, en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia. Además, cuando traduce de un idioma distinto del suyo está obligado sobre todo a remontarse a los últimos elementos del lenguaje, donde la palabra, la imagen y el sonido se confunden en una sola cosa; ha de ampliar y profundizar su idioma con el extranjero, y no tenemos la menor idea de la medida en que ello es posible y hasta qué grado un idioma puede transformarse, ya que una lengua apenas se distingue de otra, como un dialecto se distingue poco de otro; pero esto no se advierte cuando se la toma a la ligera, sino cuando se la considera con la debida seriedad».

El grado de traducibilidad del original determina hasta qué punto puede una traducción corresponder a la esencia de esta forma. Cuanto menores sean el valor y la categoría de su lengua, cuanto mayor sea un carácter de mensaje, tanto menos favorable será para su traducción, hasta que la preponderancia de dicho sentido, lejos de ser la palanca para una traducción perfecta, se convierta en su perdición. Cuanto más elevada sea la categoría de una obra, tanto más conservará el contacto fugitivo con su sentido, y más asequible será a la traducción. Esta afirmación, naturalmente, sólo es aplicable a los originales. En cambio las traducciones resultan intraducibles, no por su dificultad, sino por la excesiva superficialidad del contacto que mantienen con el sentido. En este aspecto, lo mismo que en cualquier otro esencial, las traducciones de Hölderlin, especialmente las de las dos tragedias de Sófocles, son una confirmación de lo que acabamos de decir. La armonía del lenguaje es tan completa en ellas que el sentido sólo es rozado por el idioma como un arpa eólica por el viento. Las traducciones de Hölderlin son las imágenes primigenias de su forma; hasta comparadas con las versiones más perfectas de sus textos siguen siendo la imagen original en relación con el modelo, como se demuestra comparando las traducciones de Hölderlin y de Borchardt de la tercera oda pítica de Píndaro. Precisamente por esto subsiste en ellas el peligro inmenso y primordial propio de todas las traducciones: que las puertas de un lenguaje tan ampliado y perfectamente disciplinado se cierran y condenen al traductor al silencio. Las traducciones de Sófocles fueron el último trabajo de Hölderlin. En ellas el

sentido salta de abismo en abismo, hasta que amenaza con hundirse en las simas insondables del lenguaje. Pero todo tiene sus límites. Sin embargo, fuera de los textos sagrados no existe ninguno en que el sentido haya dejado de ser a la vez la línea divisoria que separa la corriente lingüística de la corriente de la revelación. Cuando un texto, en su fidelidad al lenguaje auténtico, corresponde a la verdad o a la teoría, sin la mediación del sentido, es perfectamente traducible. Claro que esto no es un mérito suyo, sino de los idiomas. Para esto ha de exigirse una confianza tan ilimitada en la traducción que forzosamente han de coincidir en ella sin la menor violencia la fidelidad y la libertad, en forma de versión interlineal, como coinciden en los textos mencionados el lenguaje y la revelación. Pues todas las obras literarias conservan su traducción virtual entre las líneas, cualquiera que sea su categoría. Pero las Escrituras sagradas lo hacen en medida muy superior. La versión interlineal de los textos sagrados es la imagen primigenia o ideal de toda traducción.

(Trad. H. P. Murena.)

R. PANNWITZ

Traducción y filólogos (1928)

Desde el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, la filología clásica está en crisis, dado que a partir de entonces el auténtico saber fue exigido por un poder que estaba fuera de ella y que incluía factores filológicos, musicales y culturales. Posteriormente la aparición del oriente en nuestra cultura, a pesar de los esfuerzos de Voss, etc., aportó nuevas fuentes que hundieron el clasicismo, el ideal clásico, lo mismo que el de la Biblia y el cristiano.

«Sería dar la vuelta a la tortilla, si se quisiera, ya que la filología fracasa tan evidentemente, quitarle el derecho y el deber de la traducción y el juicio de la misma. Más bien hay que encomendárselo para que se muestre, como anteriormente, capaz de ello. Una traducción de las denominadas artísticas sin base filológica, será siempre una traducción arbitraria. Pero la filología sólo puede dar la base, nunca ejecutar la acción. Esas poderosas traducciones de la *Biblia*, griegas, latinas, alemanas, han demostrado que la base filológica estaba ahí (de acuerdo con las respectivas posibilidades), pero la acción la ejecutaba un espíritu creador. El espíritu creador, sin embargo, sobre todo si es un espíritu lingüístico, sobrevuela, vidente y configurador, cada filología contemporánea, dado que a él se le abre inmediatamente la palabra y enciende y el sentido no es la significación de la palabra sino su plenitud. Por eso, la filología clásica, que todavía no ha llegado a admitir que para entender sólo la lengua griega hay que conocer la hebrea, la iraní, la egipcia; por eso, digo, la actual filología clásica no puede ser la instancia para juzgar el valor de las traducciones que, des-